

# Editorial

## 18

¿El corazón de Europa? La expresión suena bien, como sonaba bien la voluntad de volver a él. Aun cuando algo dudoso había en ella: si podíamos volver al corazón de Europa, eso significaba que no estaba en nosotros.

Al constatarlo entendemos simultáneamente el sentido de la metáfora. Entendemos que, en ella, la palabra corazón no nombra la emoción o la pasión europea, sino la centralidad territorial. Lo que, por lo demás, se ha demostrado con el resultado del referéndum francés: al decir de los que acuñaron la metáfora, Francia –también Holanda–, a pesar de mostrar tan escasa pasión europea, sigue siendo el corazón de Europa. Un corazón, por ello, no pasional, sino territorial.

Es por lo demás ésta, *territorialidad*, la oscura palabra de moda que reina en nuestros debates políticos. Ella manda sobre la pasión y parece constituir su único fundamento posible. Tal es la fórmula del nacionalismo: el territorio –la madre tierra– sería el único fundamento verdadero de la pasión.

Y tal es, por cierto, el punto a partir del cual, y a pesar de su aparente incompatibilidad, la deconstrucción y el nacionalismo se encuentran: toda idea –todo ideal, toda promesa, todo símbolo– es deconstruible y por tanto denunciado como quimera: no habría otra verdad posible que la verdad real de la tierra. No es que el deconstructor crea necesariamente en ella –pues alardea de no creer en nada–, pero después de haber denunciado todas las ideas que buscan en sí mismas su fundamento y no en su arraigo en lo real, no puede por menos que reconocer mayor índice de realidad a aquello que en tal arraigo se afirma.

¿Cómo dudar que muchas veces Francia y Alemania han sido el corazón pasional de Europa? –pero también lo fueron otras veces España, Italia o Inglaterra. Ahora bien: fue todo lo contrario al corazón de Europa la Alemania que por cálculos nacionalistas facilitó ese horror que comenzó con el desmembramiento de Yugoslavia –y que condujo a la primera guerra en la Europa de la posguerra.

Como fue todo lo contrario del corazón de Europa esa izquierda acomodada del Mercado Común que durante décadas prefirió ignorar la brutalidad con la que millones de ciudadanos de la Europa oriental eran sometidos a la barbarie estalinista.

¿Y no está más ese corazón en los turcos que quieren ser europeos que en los europeos que, apelando a criterios territoriales, afirman que no pueden serlo? –Conducta ésta, por lo demás, suicida: si no les ayudamos a ser europeos terminarán siendo nacionalistas islámicos.

Quizás fuera mejor, para evitar impregnaciones territoriales, cambiar de metáfora. Hablar, por ejemplo, del *alma* de Europa. Sería más fácil reconocer entonces cómo durante la Segunda Guerra Mundial el alma de Europa no estuvo en Alemania –nazificada– ni en Francia –cómplice una vez derrotada–, sino en ese puñado de ciudadanos que se jugaron la vida en la resistencia. Y en esas otras naciones –Estados Unidos, Inglaterra– que hicieron posible su victoria.

Y es que el alma de Europa no es territorial, sino, exactamente, todo lo contrario. Es decir: antiterritorial. Pues desde sus orígenes –a la vez grecolatinos y cristianos– se ha forjado sobre el ideal humanista de la superación de los odios tribales.

Es imprescindible recordarlo ahora que esos odios retornan: los odios de los corazones territoriales, cargados de miedo hacia el otro –el que es de *allí*, el que no es de *aquí*, el que no es *de los nuestros*– se afirman por todas partes reforzándose mutuamente: en Europa, en España, en el mundo islámico...

Una pesadilla recorre Europa –y amenaza, por enésima vez, su posibilidad. Se llama nacionalismo.